

RUSSO, José Antonio. *Los presocráticos, el principio*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1988. 328 pp.

En la historia de la filosofía, como disciplina académica, podemos identificar dos tipos de textos; unos que, ubicando el análisis de la historia de acuerdo a los intereses de los problemas de nuestro presente abordan los clásicos con una finalidad dialógica, extrayendo de nuestro pasado las inquietudes de nuestras propias preguntas; otros, en lo posible, exponen las preguntas y respuestas del pasado en términos de lo que hasta el presente hemos considerado como el punto de partida de lo que en ellos se define como un problema. En algún sentido —sin duda discutible— es necesario *conocer* el pasado para integrarlo a nuestras preguntas. Sin una versión —o un conjunto de ellas— de lo que hemos de admitir como un punto de partida acerca de nuestras opiniones sobre el pasado, el diálogo filosófico se ve interrumpido por el desconocimiento o el prejuicio. Necesitamos *saber* sobre nuestro pasado para integrarnos en su discusión.

Todo texto de historia de la filosofía que pretenda encontrar en el pasado una formulación alternativa de nuestros propios intereses debe apoyarse en el invaluable esfuerzo de haber expuesto previamente el contexto de los propósitos argumentales con los cuales se confronta. Si bien la historia de la filosofía es también *filosofía*, no por ello puede pasar de largo sobre la necesidad de ser también una *historia*. Los textos que exponen lo que se considera como el conjunto de argumentos del pasado dentro del contexto donde se exhibió su noción de lo que deba integrarnos en nuestra historia, de ubicarnos dentro del horizonte mismo donde se haga significativo dialogar filosóficamente. Estos textos son los manuales, introducciones y exposiciones de lo que otros consideraron un asunto digno de la actividad filosófica. El texto de Russo es uno de ello. Como afirma el propio autor:

“Aparte del problema fundamental de la comprensión histórica y de lo que ella quiere en realidad decir,... es evidente que la historia del pensamiento en la medida en que estudia doctrinas o, más exactamente, un filosofar y la filosofía que es su resultado, exige conocer los textos en que ambas están registrados... (p. 9).

El texto de Russo pretende ser, con una exhaustividad notable, una exposición didáctica de los textos o los registros históricos de lo que el pasado representaba como sus problemas y la filosofía de estos problemas. En principio, el propósito del texto es señalar desde las fuentes mismas de

la filosofía presocrática, el contexto y las condiciones de un filosofar que es la condición de nuestras reflexiones acerca de su historia.

El estudio de Russo sobre la filosofía presocrática, en tanto que manual de historia de la filosofía del período en cuestión, expone las doctrinas de los filósofos “milesios” (Tales, Anaximandro y Anaximenes), las de Pitágoras y sus seguidores y, finalmente, las doctrinas de Jenófanes de Colofón. Los filósofos presocráticos cuyo *corpus* es particularmente extenso y objeto de versiones más controvertidas, como Heráclito de Efeso y Parménides de Elea se dejan como objeto de estudios posteriores. En realidad, la obra de Russo que reseñamos está diseñada sólo como el tomo primero de una colección más vasta que incluiría incluso uno especial dedicado a la sofística, y, como tal, incorpora un extenso estudio introductorio sobre el trato de las fuentes históricas, la doxografía y sus respectivos autores, de modo de hacer posible al estudiante interesado en profundizar la filosofía antigua un ingreso informado acerca de los intereses, el valor correspondiente y la situación hermenéutica respectiva. La primera parte, dedicada a la exposición de las fuentes, es de un incalculable valor en un medio como el nuestro, donde la información de este tipo es bastante restringida y la bibliografía especializada en circulación la da por supuesta.

El capítulo introductorio acerca de las fuentes históricas del estudio de los presocráticos va seguido de otro cuyo propósito resulta ser el marco de diálogo entre el origen y el desarrollo de la filosofía griega anterior a Sócrates y sus respectivas contrapartidas en el pensamiento oriental: la India, China y los pueblos de Oriente medio. El valor fundamental de esta parte del trabajo estriba en señalar los paralelismos y las diferencias entre el desarrollo específicamente griego del concepto mismo de “filosofía” y lo que otros pueblos consideraron como problemas fundamentales, a los que también consideramos “filosofía”, aun cuando el texto de Russo incorpore analogías con la mentalidad religiosa de los pueblos orientales.

En ocasiones el texto de Russo excede la mera comparación entre la filosofía presocrática y las doctrinas religiosas y mitológicas orientales. A veces asume una curiosa continuidad “temática” entre ellos. Sólo por poner un par de ejemplos notables de esto último, podemos remitimos a su escueta interpretación sobre el nombre de Dios para los hebreos o su tratamiento del “monismo” egipcio (pp. 55, 57). En el primer caso la presentación yavhista de Dios como “el que es” remite a nuestro autor al uso de la palabra “ontología” mientras que, respecto de lo segundo, Russo afirma que el concepto de “ka”, “la parte de la persona humana separada de ella y su protectora” (p. 56):

“Constituiría antecedente de una destacada doctrina de órficos y pitagóricos..., más tarde, de la simpatía estoica y aún (sic), mucho después, del idealismo mágico de un Schelling o un Novalis” (p. 57).

La perspectiva de Russo sobre la historia de la filosofía retrotrae los conceptos de unos períodos históricos a otros. Detrás de esto subyace la idea de una *philosophia perennis* de una continuidad en el filosofar que excede los márgenes de un manual de uso didáctico y, en ese sentido, también la función de su texto.

En el mismo capítulo sobre los *Antecedentes* de la filosofía presocrática, nuestro autor trata los temas del “milagro (filosófico) griego” y sus predecesores en la tradición mitológico-poética griega. En el punto referido al “milagro” Russo se ocupa de cuestiones relativas a lo que podemos llamar el “contexto ecológico” de los griegos, su cultura y sus condiciones materiales. Este estudio tiene por virtud el situar al estudiante de filosofía dentro del marco histórico-cultural de los textos. Si “podemos preguntarnos ¿por qué en Grecia?” lo haremos:

“... señalando una imbricación de factores dentro de los cuales cabe señalar la geografía, la economía, el hombre, la lengua, la religión y la política” (p. 61).

El propósito de una exposición de este género es sólo exponer las condiciones en las cuales se hace comprensible la empresa del pensar. No se trata de reducir la reflexión filosófica a sus exigencias contextuales, sino extender nuestra aproximación histórica a los textos considerando las motivaciones que le sirvieron de base. Esto no debe parecernos más extraño que vincular a los filósofos medievales con sus creencias religiosas o a los modernos con las preocupaciones científicas de su tiempo.

El trabajo de Russo aborda en los capítulos restantes la filosofía presocrática propiamente dicha, desde los milesios hasta Jenófanes de Colofón. Su enfoque es de tipo historicista. Desarrolla la filosofía de los autores respetando los textos conservados con una gran precisión en cuanto al valor y autoridad de las fuentes, así como considerando las interpretaciones más difundidas (Guthrie, Kirk, Jaeger, Cornford, etc.) analizando en cada caso su pertinencia y confrontándolas entre sí. Si bien el Dr. Russo se exime, por lo general, de tomar partido por alguna de ellas, su enfoque las abarca en sus limitaciones tanto como en su profundidad.

Un aspecto que, como fuere, llama la atención del lector, es la idea implícita en su texto de una *philosophia perennis*. Russo vincula (temáticamente) a los milesios con Bacon y Descartes (p. 102) y hace afirmaciones sobre el “materialismo” milesio en constante contraste con Descartes, los filósofos del Renacimiento, el idealismo alemán y Bergson (pp. 102, 103). Emplea términos como lo “inmanente” o “trascendente” en Anaximandro, conceptos, según el Dr. Russo, que Anaximandro *anticipa*. ¿Qué sentido tienen estas afirmaciones? Si es sólo una comparación respecto del tratamiento de los temas, resulta insuficiente, pues descuida la exhaustiva preocupación exegética e histórica dedicada a los presocráticos cuando se alude a filosofías posteriores. Si hay detrás de esto una tesis respecto de la *philosophia perennis*, ésta debía ser explicitada. Si lo que se pretende es que hay una relación histórica entre los filósofos griegos y las filosofías posteriores, ésta debe ser explicada, por ejemplo, por medio de una comunidad de fuentes. ¿Cómo explicar —por ejemplo— acotaciones como ésta?:

“Al exponer una concepción cuantitativa del cambio resulta Anaximandro un antecedente del pitagorismo, de la atomística y de la moderna ciencia fisicomatemática de la naturaleza” (p. 129).

¿Querrá decir el Dr. Russo que Descartes y Galileo eran “continuadores” de Anaximandro? ¿Que los *Principia* de Newton se basan en especulaciones milesias? Es probable que no. Pero en ese caso, debía matizarse qué se quiere decir exactamente. Es probable que el problema ante el que nos encontramos sea sólo una formulación confusa respecto de que Newton y Anaximandro abordaban cuestiones en algún sentido parecidas. Un texto didáctico debe poner en claro qué tipo de relaciones se establecen entre autores tan distantes en la historia de la filosofía.

Un caso como el anterior se encuentra en el desarrollo del concepto pitagórico de la tríada. El Dr. Russo la vincula, en una sección que se titula “aritmología” (p. 188), con Aristóteles, Proclo, Nicolás de Cusa e incluso Hegel. Dice el autor:

“Y así como Aristóteles, sin mencionar a los pensadores medievales que explicablemente pusieron de relieve la significación del tres, Proclo antes que ello y posteriormente Cusa, Bruno y Hegel han de contarse entre los grandes filósofos que destacaron la significación de este número” (p. 190).

¿Qué significa esto? ¿Que Hegel y Pitágoras “destacaron” la *significación* del tres de la misma manera? ¿Qué significa “destacar la significación de

un concepto? Esto no puede querer decir que el “tres” *posea* una significación y que haya algunos autores que la destaquen frente a otros que no lo hagan. Una exposición didáctico-pedagógica de tipo historicista no se condice con extensiones desmesuradas del uso de los conceptos y — en este caso— no respeta el efectivo uso de los mismos de acuerdo a las circunstancias históricas con su respectivo dominio de problemas.

El texto de Russo culmina con tres apéndices: uno dedicado a la historia y etimología de “arché”, el otro es un análisis sobre la versión heideggeriana de la sentencia de Anaximandro, y el último sobre el pitagorismo y la figura de Pitágoras en las doctrinas esotéricas contemporáneas.

“Todos los comienzos están velados por la oscuridad de su inapariencia y modestia. Se sustraen a la percepción o se sustraen a la observación”¹. De esta afirmación de T. Gomperz se extrae la lección para la historia de nuestros primeros predecesores que el Dr. Russo pone en práctica a lo largo de las 328 páginas de su texto: hacernos *conocer* la historia de nuestros problemas para dialogar con ella y así continuarla como *filosofía*. El texto es una introducción necesaria para todo estudiante de nuestro medio desprovisto de bibliografía sobre el tema o contando con un insuficiente aparato crítico de invalorable utilidad para uso didáctico e interés como libro de consulta para especialistas.

Víctor Samuel Rivera
Pontificia Universidad Católica del Perú
Apartado 1761. Lima, Perú.

1. Gomperz, Theodor; *Pensadores griegos*. Buenos Aires: Guarania. T. I p. 31.